



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS
MOHICANOS DE PARÍS.

CAPÍTULO VIII.

EN QUE LA SEÑORITA FIFINE HACE SIN QUERERLO UN GRAN
SERVICIO Á SALVADOR.

Al día siguiente de estos acontecimientos, hacia las seis de la mañana, pasaba Salvador sobre el umbral de la puerta baja que habitaban en la calle de la Bourbe Juan Taureau y su amable compañera la señorita Fifine.

Mucho antes de llegar al cuarto piso en que habitaba el carpintero oyó Salvador la extraña melopea, que según recordarán nuestros lectores, habían escuchado muchas veces y particularmente el día en que había venido á suplicar á Bartolomé Lelong que le acompañase al castillo de Viry.

Fifine vomitaba contra el carpintero el repertorio de sus más agudas imprecaciones; el gigante refunfuñaba como Polifemo al sorprender á Acis y Galatea.

Y en aquella ocasión, sin embargo, no se trataba de amor.

Salvador tocó con fuerza en la puerta.

La señorita Fifine, con los cabellos encrespados, los ojos fuera de sus órbitas y los hombros desnudos; la señorita Fifine, desencajada, amoratada por la ira, abrió la puerta.

— Pero ni una vez puedo venir aquí sin tener que presenciarse vuestras disputas, dijo Salvador, mirando severamente á la querida del carpintero.

— Él es quien obra mal, dijo la mujer desgarbada.

— Ella es la perdida, dijo Juan Taureau, saltando á la señorita Fifine y blandiendo su puño sobre la cabeza de aquélla.

— Vamos, vamos, dijo Salvador medio risueño, medio enfadado: es aún demasiado temprano para pegar á una mujer, Juan Taureau; aun no se puede tener la disculpa de estar borracho.

— Esta vez, Sr. Salvador, dijo gruñendo el carpintero, no puedo obedeceros; hace ya una hora que el brazo me hormiguea; es indispensable que la rompa el bautismo.

Juan Taureau daba miedo de veras; su respiración hacia el mismo ruido que el fuelle de una fragua; sus labios estaban trémulos, pálidos y apretados; sus ojos extraviados, inyectados de sangre.

La señorita Fifine, que desde largo tiempo tenía la costumbre de ver al gigante enfurecido, sintió que toda su sangre se helaba en sus venas; comprendió que allí concluía si el mandadero no intervenía pronta y enérgicamente; se lanzó, pues, hacia él; le estrechó entre sus largos brazos, y mirándole con ojos aterrorizados, le dijo:

— ¡Salvadme! en nombre del cielo, ¡salvadme! Mr. Salvador.

Salvador se desasí de aquella presión con visible repugnancia, y haciendo pasar por detrás de él á la joven alta-

rica, avanzó hacia Juan Taureau, le cogió con violencia entrambas manos, y le dijo:

— ¿Qué hay?

— Hay, respondió el Hércules fascinado al parecer por la mirada de Salvador, hay que esa mujer es una criatura infame, digna de las galeras y del cadalso, y que sólo por evitarla la afrenta de morir en la plaza de la Greve quiero yo exterminarla aquí.

— ¿Pero qué te ha hecho? preguntó Salvador.

— En primer lugar, es una corretona; no sé qué nuevo conocimiento ha hecho en el barrio, ya nunca se la ve en casa.

— Eso es historia antigua, mi pobre Bartolomé; si no hay más que eso, ya debías estar acostumbrado.

— ¡Oh! es que me ha descubierto una nueva falta, dijo el carpintero chocando sus dientes.

— ¿Qué te ha hecho? veamos, habla.

— Me roba, gruñó respondiendo Juan.

— ¿Cómo! ¿que te ha robado?

— Sí, Sr. Salvador.

— ¿Y qué te ha robado?

— Todo el dinero de ayer.

— ¿El dinero de tu jornal?

— El dinero de por la noche; los quinientos mil francos de allá abajo.

— ¡Los quinientos mil francos! exclamó Salvador volviéndose para interrogar á Fifine, á quien suponía oculta tras de sus espaldas.

— Los tiene ahí y quería volvérselos á coger cuando llegasteis; esa era la causa de nuestra disputa, exclamó Juan Taureau, mientras que Salvador se volvía.

Pero entonces dieron ambos un grito, porque notaron la desaparición de la señorita Fifine.

No había que perder un minuto.

Por lo mismo, sin cambiar una sola palabra, los dos hombres se precipitaron por la escalera.

Juan Taureau cayó más bien que llegó el primero al último escalón.

— Corred á la derecha, dijo Salvador; yo corro á la izquierda.

Juan Taureau se dirigió á todo correr á la parte de la explanada del Observatorio.

Salvador en dos saltos se halló al fin de la calle de la Bourbe dominando á la vez tres vias; la senda de los Capuchinos, á su derecha; la calle de Saint-Jacques, de frente, y el arrabal del mismo nombre á su espalda.

Miró todo lo lejos que pudo; pero en aquella hora matutina la calle estaba desierta y tres cuartas partes de las tiendas cerradas todavía; ó la señorita Fifine había escapado con maravillosa rapidez ó se había refugiado en alguna casa vecina.

— ¿Qué hacer? ¿adónde ir?

En esto estaba Salvador, cuando una lechera, instalada en la esquina de la calle de Saint-Jacques y de la calle de la Bourbe, gritó:

— ¡ Señor Salvador!

Al oír que le llamaban, volvióse Salvador.

— ¿Qué me queréis? preguntó.

— ¿Conque ya no me conocéis, querido Sr. Salvador? preguntó la lechera.

— No, dijo éste continuando su tarea de mirar á uno y otro lado.

— Soy Magnelonne, la de la calle de Fers, dijo la lechera; el comercio de flores no prosperaba y me puse á vender leche.

— Ahora os reconozco, dijo Salvador; pero en este momento no tengo tiempo para pasar del reconocimiento.

¿Habéis visto pasar una chica rubia muy alta?

— ¿Corriendo como una loca? Sí, la he visto.

— ¿Cuándo?

— Ahora mismo.

— ¿Qué camino tomó?

— La calle Saint-Jacques.

— Gracias, dijo Salvador lanzándose en la dirección indicada.

— ¡ Señor Salvador, Sr. Salvador! gritó la lecher levantándose y corriendo tras él.

— Ya os he dicho que me falta el tiempo.

— Esperad un momento, dijo la lechera, ¿qué la queréis?

— Quiero cogerla.

— ¿Y adónde pensáis lograrlo?

— Corriendo todo derecho.

— Pues no tenéis que ir muy lejos entonces.

— ¿Sabéis, pues, dónde se ha metido? preguntó Salvador.

— Sí, respondió la lechera.

— Entonces, decid pronto; ¿dónde ha sido?

— Allí, adonde va todos los días sin que lo sepa su individuo, dijo la lechera, señalando con el dedo un cuerpo de edificio, numerado con 297 y 299, y que llamaban en el barrio el pequeño Bicêtre.

— ¿Estáis segura?

— Sí.

— ¿La conocéis, pues?

— Es una de mis parroquianas.

— ¿Y qué va á hacer ahí?

— No preguntéis esas cosas á una joven honrada, Sr Salvador.

— Pero... en fin, irá á ver á alguno.

— Si, á casa de uno de la policía.

— ¿ Á quien llamáis...

— Jambassier, Jubassier...

— ¡ Gibassier ! exclamó Salvador.

— Precisamente eso, respondió la lechera.

— ¡ Oh ! á fe mía que esto es providencial, murmuró Salvador ; venía yo justamente buscando las señas de su casa, y es la señorita Fifine la que me las da. ¡ Ah, Mr. Jackal, y cuánta razón tenéis en decir : *buscad la mujer !* Gracias, Magnelonne. ¿ Y vuestra madre, cómo sigue ?

— Bien, caballero ; os está muy agradecida porque hicisteis que la admitieran en las Incurables ; la pobre mujer.

— Bien, bien, dijo Salvador.

Y se dirigió hacia el pequeño Bicêtre.

Es preciso haber vivido en el barrio de Saint-Jacques y haberle explorado en todos sus sentidos para conocer el dédalo obscuro que llamaban en aquella época pequeño Bicêtre. Es una cosa por el estilo de las sombrías y húmedas cuevas de Lille hechas las unas sobre las otras.

Salvador conocía aquel paraje por haberle visitado varias veces en sus excursiones filantrópicas ; fácilmente pudo por lo mismo arriesgarse en aquel laberinto.

Comenzó por el cuerpo del edificio situado á la izquierda, y subió rápidamente los cinco pisos.

Al llegar al quinto, es decir, bajo los tejados, vió siete ú ocho puertas abiertas sobre un sucio corredor.

Pegó su oído á cada una de las puertas y escuchó.

No oyendo ningún ruido, iba á bajar al piso cuarto cuando por una abertura de la escalera, cuya ventana había sido rota en tiempos ya remotos, pero que no por eso había sido reparada, descubrió sobre la meseta del quinto

iso de la escalera de la derecha el perfil de la señorita Fifine.

Bajó rápidamente los cinco pisos, y subiendo con paso de lobo la otra escalera, llegó tan quedito al último escalón, que Mlle. Fifine, que redoblaba los golpes con impaciencia creciente, no le oyó llegar.

Seguía llamando y gritaba :

— Abridme, pues : soy yo, Giba, soy yo.

Pero Gibassier no abría á pesar del encanto que pudiera haber para él en oír italianizar su apellido.

Habiendo vuelto á su casa á las cuatro de la mañana, sin duda soñaba aún en el peligro de que acababa de librarse milagrosamente, y se alegraba en sueños de haber salido sano y salvo de un riesgo tan inminente como inesperado.

Oyó llamar á su puerta.

Pero Gibassier creyó que soñaba todavía convencido de que en aquella hora matutina nadie le quería bastante para visitarle sino una atroz pesadilla ; volvióse por lo mismo resueltamente del lado de la pared decidido á volverse á dormir á pesar del ruido, y murmurando :

— Sí, llamad, llamad.

Pero no era eso lo que convenia á la señorita Fifine. Continuó, pues, ésta llamando y dando al presidiario los más dulces nombres.

Estaba en lo mejor de tan tiernas invocaciones cuando sintió una mano que se posaba dulce pero autorizadamente sobre su hombro.

Volvióse y se halló con Salvador.

Comprendió cuanto había pasado y abrió la boca para pedir auxilio.

— ¡ Silencio, miserable, le gritó el mandadero, á menos que quieras verte presa al instante !

— ¡ Presa ! ¿ y por qué ?

— Por ladrona, primero.

— Yo no soy ladrona ; yo soy una mujer honrada, gruñó aquella miserable.

— No solamente eres una ladrona que ahora lleva consigo quinientos mil francos de mi pertenencia, sino que también...

Y Salvador la dijo al oído algunas palabras.

— No fui yo quien le mató ; fué la querida de Croc-en-Jambes...

— Es decir, que tú alumbrabas mientras que ella le concluía con los morillos del hogar : por lo demás, esas son cosas que explicaréis las dos cuando os halléis en el mismo calabozo ; y ahora ¿ quién gritará ? ¿ tú ó yo ?

La altaricona Fífine exhaló un gemido.

— Vamos, despachemos, dijo Salvador : tengo prisa.

Temblando de cólera, metió la mano bajo su pañuelo y sacó de su pecho un puñado de billetes de banco.

Salvador contó. Había seis legajos.

— Bien, dijo éste ; cuatro paquetes más y hemos concluido.

Por ventura de Salvador y acaso por ventura de aquella mujer, puesto que Salvador no era hombre que se dejara sorprender, la señorita Fífine no llevaba ninguna arma.

— Vamos, vamos ; los cuatro últimos paquetes, dijo Salvador.

Fífine sumergió nuevamente la mano en su pecho, y sacó murmurando dos legajos más.

— Dos más, dijo Salvador.

La mala mujer registró por tercera vez y sacó otro paquete.

— Vamos uno más, el último, dijo el joven pegando en el suelo con el pie.

— No hay más, dijo ella.

— Había diez paquetes, dijo Salvador. Veamos, pronto, el último ; le estoy esperando.

— Si había diez, habré perdido uno por el camino, dijo resueltamente la señorita Fífine.

— Mirad lo que hacéis, señorita Josefina Dumont ; estáis jugando con el fuego.

La joven altaricona se estremeció al oír que la llamaban por su verdadero nombre.

Hizo como que registraba en su pecho.

— ¡ Cuando yo os juro que no está ! le dijo.

— Cuando eso decís, mentis villanamente.

— Pues registrad vos mismo.

— Antes perdería los cincuenta mil francos que arriesgarme á tocar la piel de una víbora como tú, respondió el joven ; pero camina delante de mí ; ya te registrarán en el primer cuerpo de guardia.

Y la empujó hacia la escalera con el codo, como si hubiera temido tocarla con la mano.

— ¡ Oh ! exclamó la mujer ; ¡ ahí tenéis vuestro dinero ; condenaos con él !

Y cogiendo entonces el último paquete, le echó con rabia en el suelo.

— Bien está, dijo Salvador ; y ahora vete á pedir perdón á Bartolomé, y no olvides que á la primera queja que me dé de tí, te entrego á la acción de la justicia.

La señorita Fífine bajó la escalera amenazando á Salvador con el puño.

Este la siguió con la mirada hasta que hubo desaparecido en las oscuras galerías del piso bajo, y cuando la hubo

perdido de vista se bajó, recogió el legajo, separó diez billetes que puso en su cartera, y sumergió en su bolsillo los nueve paquetes intactos y el que acababa de principiar.

CAPÍTULO IX.

DONDE SE DEMUESTRA QUE NO ES PELIGROSO RECIBIR, PERO QUE SÍ LO ES DAR RECIBOS.

Apenas había desaparecido la señorita Fifine, apenas había guardado Salvador en su cartera los diez billetes de mil francos y en su bolsillo nueve legajos intactos y uno descabalado, cuando se abrió la puerta de Gibassier, y aquel digno industrial apareció en el umbral vestido con un simple pantalón de muletón blanco, cubierta la cabeza con un pañuelo y sumergidos los pies en pantuflas bordadas.

Los golpes descargados por Fifine sobre su puerta; las tiernas imprecaciones con que los había acompañado; el grito de alarma exhalado al reconocer á Salvador y la especie de lucha que siguiera á aquel encuentro, habían turbado el sueño del honrado Gibassier de tal modo, que picándole la curiosidad y queriendo conocer lo que pasaba en su vestibulo, había concluido por arrancarse á las delicias del sueño, había saltado de la cama, había introducido sus piernas en un pantalón con pie, se había puesto las zapatillas y había venido cautelosamente á abrir la puerta.

No oyendo ya ningún ruido, esperaba encontrar el vestibulo vacío.

Quedó, pues, bastante sorprendido al ver á Salvador; y debemos decir para elogio de Gibassier que al ver un des-

conocido, su primer movimiento fué el de volver á cerrar la puerta.

Pero Salvador, que conocía al presidiario tanto de fisonomía cuanto de reputación, que sabía la parte que había tenido en el raptó de Mina, que por lo mismo le vigilaba directa é indirectamente desde aquella época; Salvador, repetimos, no se había tomado tanto trabajo para encontrarle, con el sólo objeto de dejarle aparecer y desaparecer de tal modo.

Se opuso, pues, extendiendo la mano á su intención de cerrar la puerta y abordándole con toda la cortesía de que era capaz.

— ¿Es realmente al Sr. Gibassier á quien tengo el honor de hablar? le preguntó.

— Si, caballero, respondió Gibassier mirándole con un gesto de sospecha tan maligno como lo permitieron sus ojos aun entornados; y yo, ¿á quién tengo la honra de hablar?

— ¿No me conocéis, pues? preguntó Salvador empujando la puerta suavemente.

— No, á fe mía, dijo el presidiario, aunque indudablemente he visto vuestra fisonomía en alguna parte; pero lléveme el diablo si sé dónde.

— Mi traje basta para indicaros lo que soy, dijo Salvador.

— Mandadero ya lo veo; pero, ¿cómo os llaman?

— Salvador.

— ¡Ah! ¡ah! ¿No estáis ordinariamente en la esquina de la calle de Fers? preguntó Gibassier con una especie de estremecimiento.

— Precisamente.

— ¿Y qué me queréis?

— Lo que tendré el honor de deciros si me permitis entrar.

— ¡Hum! hizo Gibassier vacilando.

— ¿Desconfiarais de mí? preguntó Salvador deslizándose entre la puerta y la pared.

— ¡Yo! exclamó Gibassier. ¿Y por qué había de desconfiar de vos? Jamás os he hecho nada, ¿por qué me habiais de querer mal?

— Por lo mismo, no hago más que quererlos bien y vengo á hacerlos bien.

Gibassier soltó un profundo suspiro; tanto creía en el bien que los demás podían hacerle, como en el que él podía hacer á los demás.

— ¿Dudáis? dijo Salvador.

— Confieso que no tengo confianza sino á medias, respondió el presidiario.

— Pues ahora vais á juzgar.

— Entonces, tened á bien sentaros.

— Es inútil, dijo Salvador, tengo mucha prisa y en dos palabras concluiremos si os conviene el asunto que vengo á proponeros.

— Como queráis; pero yo me siento, dijo Gibassier, á quien ciertas agujetas repartidas por todo el cuerpo recordaban la aventura de la vispera. Esto es, añadió acomodándose sobre una silla; ahora, si tenéis á bien manifestarme lo que me proporciona el honor de veros, ya espero.

— ¿Podéis disponer de una semana? preguntó Salvador.

— Eso depende del empleo que se quiera que yo dé á esa semana; porque debéis tener entendido que una semana es la milésima septuagésima décimosexta parte de la vida de un hombre, admitiendo la última estadística

que calcula por término medio la vida de un hombre en treinta y tres años.

— ¡Oh, mi querido Sr. Gibassier! dijo Salvador con su más dulce sonrisa; veo con placer que al adoptar ese término medio para el resto de la humanidad hacéis para vos excepción de la regla, pues aunque no pareáis tener mucho más de treinta y tres años, habéis pasado de fijo esa edad.

— ¿Creéis que debo vanagloriarme de ello? respondió á la vez filosófica y tristemente el digno Gibassier.

— No está en eso la cuestión, dijo Salvador

— ¿Pues en qué está?

— En que habiendo pasado la edad fatal llegaréis probablemente al doble del término medio; es decir, á sesenta y seis años; lo cual hace que una semana no sea para vos más que la trimilésima trigésima parte de la vida, y notad bien que no digo esto para recortar el precio de vuestra semana, sino para rectificar vuestro juicio sobre nuestra propia longevidad.

— Sí, dijo Gibassier, que parecía ya convencido en aquel punto, ¿pero para qué me servirá el empleo que voy á hacer de esa semana?

— Os será agradable y provechoso; podréis reunir una cosa muy rara en este mundo, lo comprendido en el precepto de Horacio, cuyas obras no puede desconocer un sabio como vos: *utile dulci*.

— ¿De qué se trata? preguntó Gibassier, que siendo artista á su modo dejaba con facilidad que le arrastrasen á lo pintoresco de la conversación.

— Se trata de viajes.

— ¡Ah! ¡bravo!

— ¿Os gustan los viajes?

— Los adoro.

— Mirad qué felicidad.

— ¿Y qué país debo recorrer?

— La Alemania.

— *Germania mater*. Mejor que mejor, exclamó Gibassier; puedo seros tanto más útil en esa expedición cuanto que conozco perfectamente la Alemania, donde mis viajes han sido siempre dichosos.

— Eso es sabido; precisamente por eso se os hace la proposición; el éxito del negocio queda literalmente colocado bajo la salvaguardia de vuestra dicha.

— ¿De veras? preguntó Gibassier, que resentido aún de su lucha con el carpintero había oído honra en lugar de dicha.

— Sí, de vuestra dicha, acentuó claramente Salvador.

— Muy bien, dijo Gibassier. Veamos ahora si todo es posible; celebraría mucho tener ahora una ocasión de alejarme de Francia por algunos días.

— Mirad qué dichosa casualidad.

— Mi salud sufre alteraciones en París.

— En efecto, dijo Salvador, tenéis los ojos hinchados y el cuello amoratado; la sangre se os sube sin duda á la cabeza.

— Hasta tal punto, mi querido Mr. Salvador, que aquí donde me veis he estado esta noche en peligro de ser víctima de una apoplejía fulminante.

— Pero por ventura, preguntó Salvador con candidez, ¿os habrán sangrado á tiempo?

— Sí, dijo Gibassier, me sangraron, y copiosamente.

— Gran operación para comenzar un viaje; ¡está uno tan ligero!

— Sí, muy ligero.

— Puedo pues entrar en el asunto.

— Entrad, mi querido Mr. Salvador, entrad. ¿De qué se trata?

— De una cosa muy sencilla; de entregar una carta y no más.

— ¡Hum! ¡hum! murmuró entre dientes Gibassier, en cuya mente entraron de nuevo mil sospechas. Enviar un hombre á Alemania sólo para que lleve una carta, estando el servicio del correo tan admirablemente organizado. ¡Diablo! ¡diablo!

— ¿Decís?... exclamó Salvador examinándole con atención.

— Digo, añadió Gibassier meneando la cabeza, que es una carta endemoniada la que tenéis que mandar, porque si fuera una carta como las demás, no la mandaríais según creo con tales gastos.

— Tenéis razón,* dijo Salvador; es una carta de la mayor importancia.

— Importancia política, supongo.

— Enteramente política.

— Misión extraordinariamente delicada.

— Ya lo veo, de la más alta delicadeza.

— Peligrosa, por consiguiente.

— Peligrosa si no se hubieran tomado todas las precauciones.

— ¿Qué es lo que vos llamáis precauciones?

— Creo que se han tomado precauciones, cuando esta carta ha de ser un papel blanco sin cerrar.

— ¿Y el sobre?

— Se os dirá de viva voz.

— Entonces la carta está escrita con tinta simpática.

— Inventada por la persona que la escribe, cuya invención desafía al mismo Thenard, al mismo Orfila.

— Pero la policía es mucho más quimica que los señores Thenard y Orfila.

— Cuya invención desafia á la policía misma ; y me alegro mucho de haberos dicho esto, querido Mr. Gibassier, para que no os ocurra ir á vender la carta á Mr. Jackal en el doble de lo que os den por llevarla.

— ¡ Caballero ! exclamó Gibassier levantándose ; me creéis capaz...

— El hombre es débil, respondió Salvador.

— Es verdad, murmuró el presidiario, exhalando un suspiro.

— Ya veis que no arriesgáis absolutamente nada, continuó Salvador.

— Me decís eso acaso para alcanzar de mí que cumpia mi encargo con más economía.

— Nada de eso ; la misión será recompensada en razón de su importancia.

— ¿ Pero quién fijará su precio ?

— Vos mismo.

— Necesito antes saber adónde voy.

— Á Heidelberg.

— Muy bien ; ¿ y cuándo debo marchar ?

— Lo más pronto posible.

— Mañana... ¿ sería muy pronto ?

— Mejor aún sería esta tarde.

— Muy cansado estoy para marchar esta tarde ; he pasado muy mala noche.

— ¿ Agitada ?

— Muy agitada.

— Pues bien, quede para mañana, Ahora, ¿ cuánto pedís ?

— ¿ Para ir á Heidelberg ?

— Sí.

— ¿ Habrá que detenerse allí ?

— El tiempo necesario para recoger la respuesta de la carta y volver.

— Pues bien, mil francos : ¿ sería demasiado ?

— Yo os preguntaré, por el contrario, ¿ es bastante ?

— Soy económico ; economizando podré llegar.

— Pues queda eso fijado para llevar la carta. ¿ Y para traer la respuesta ?

— El mismo precio.

— Dos mil entonces ; mil francos por ir y mil por volver.

— Mil por ir y mil por volver ; eso es.

— Ahora, continuó Salvador, queda el asunto arreglado para el gasto material del viaje ; falta arreglar la parte de confianza, la misión misma.

— ¡ Ah ! ¿ conque el precio de la misión no está comprendido en los dos mil francos ?

— Viajáis por cuenta de una casa inmensamente rica, querido Mr. Gibassier ; por lo mismo mil francos más ó menos...

— ¿ Sería mucho pedir dos mil francos ?

— No se puede ser más razonable.

— Así, pues, dos mil francos para los gastos del viaje ; dos mil francos por la misión.

— Total, cuatro mil francos.

Al pronunciar Salvador estas palabras, Gibassier exhaló un suspiro.

— ¿ Creéis que es demasiado poco ? preguntó Salvador.

— No... estoy pensando...

— ¿ En qué ?

— En nada.

Gibassier mentía ; estaba pensando en el trabajo que iba

á tener para ganar cuatro mil francos, cuando con tanta facilidad y sin molestarse habia ganado pocas horas antes quinientos mil.

— Sin embargo, dijo Salvador; corazón que suspira no llega adonde aspira.

— La ambición del hombre es insaciable, dijo Gibassier contestando á un proverbio con una sentencia.

— Nuestro gran filósofo La Fontaine hizo una fábula sobre ese tema. Pero volvamos á nuestro asunto.

Y registró en su bolsillo.

— ¿Tenéis ahí la carta? preguntó Gibassier?

— No: no se debía escribir sino en el caso de que aceptarais.

— Pues bien: acepto.

— Reflexionad bien antes de encargaros de esa misión.

— Ya he reflexionado.

— ¿Marcharéis?

— Mañana al amanecer.

Salvador sacó su cartera del bolsillo, la abrió y dejó ver á Gibassier un verdadero nido de billetes de banco.

— ¡Ah! exclamó Gibassier, como si al ver aquello se le clavase un puñal en el corazón.

Salvador no pareció notar nada; separó dos billetes de los demás, y dirigiéndose á Gibassier:

— No hay contrato sin señal, le dijo: hé aqui los gastos de viaje; á la vuelta, cuando traigáis la respuesta de la carta, se os darán los otros dos mil.

Gibassier vacilaba entre extender y no extender la mano.

Salvador dejó caer los billetes sobre la mesa.

Cogiéndolos el presidiario, los examinó con detención tocando y tanteando su espesor, mirando su transparencia é interponiéndolos entre la luz y su persona.

— Excelentes, dijo Gibassier.

— ¡Ah! ¿ luego me creiais capaz de daros billetes falsos?

— No; pero podian haberos engañado á vos mismo: desde hace algún tiempo se ven en industria tales progresos.

— ¡ Á quién se lo vais á contar! exclamó Salvador.

— Entonces, quiere decir que os volveré á ver.

— ¿ Á qué hora estaréis en casa esta noche?

— No pienso salir de casa.

— ¡ Ah! sí... las agujetas.

— Precisamente.

— Pues bien; hacia las nueve, si os parece.

Y Salvador se dirigió hacia la puerta.

Tenia ya la mano sobre el pestillo, cuando de repente...

— Bien, dijo, me hubiera visto obligado á volver desde el otro extremo de Paris.

— ¿ Por qué?

— Se me olvidaba un detalle.

— ¿Cuál?

— Pediros un recibo; bien comprendéis que ese dinero no es mio; un pobre mandadero no tiene nunca diez mil francos suyos en cartera, ni paga jamás cuatro mil francos á sus correos.

— Ya me chocaba á mí.

— Casi no comprendo cómo no os inspiró eso alguna desconfianza.

— Ya principiaba á tenerla, dijo Gibassier.

— Pues dadme un recibo de dos mil francos, y punto concluido.

— Nada más justo, dijo Gibassier sacando su cajón y de él una cuartilla de papel.

Luego añadió volviéndose hacia Salvador :

— Un simple recibo, ¿ no es verdad ?

— Pardiez, lo más sencillo posible.

— Sin designación.

— Valores en cuenta ; nosotros sabremos en qué cuenta y no se necesita más.

Sea porque lo hiciera maquinalmente, sea porque conociera la facilidad con que vuelan los billetes y temiera que se le escapasen, Gibassier los fijó sobre la mesa con el codo y se puso á confeccionar el recibo con su letra más delicada.

Después lo tendió á Salvador que lo leyó con la mayor satisfacción, lo dobló y lo colocó lentamente en su bolsillo.

Gibassier le miraba con cierta inquietud ; aquella sonrisa de Salvador le desagradaba.

Pero mucho más le desagradó cuando vió á Salvador cruzar los brazos y decirle mirándole frente á frente :

— Necesario es convenir, maese galopin, en que sois á la vez extraordinariamente impudente y soberanamente tonto. ¿ Cómo ! ¿ cometéis la necedad de creer en cuentos semejantes á los que acabo de referiros ? ¿ Sois tan tonto que caigáis en lazos dignos de un niño ? Apenas puedo creerlo. Después de vuestra aventura de esta noche, ¿ no habéis temido á las investigaciones que se podrian hacer ; no habéis imaginado que con una simple sospecha que tuvieran de vos podían fácilmente pedirnos un renglón de letra vuestra ? ¿ Sabéis que estáis robando imprudentemente el dinero que os da Mr. Jackal ?

Gibassier había oído con profundo asombro el principio de aquel discurso. Al ver la barbaridad que había cometido en dar á Salvador un recibo de su letra, había querido

recoger aquel recibo, y con este objeto había empezado un movimiento para echarse sobre el mandadero ; pero sin duda Salvador, que todo lo preveía, había previsto también aquel movimiento, porque sacó de su bolsillo una pistola montada que colocó sobre el pecho del presidiario, diciéndole :

— Ahora bien, señor conde Escolano, sentaos y escuchadme.

Resultó de esto que Gibassier desarmado en su lucha nocturna con Juan Taureau, y por otra parte, hombre más bien de habilidad que de lucha, juzgó, al oír la orden de Salvador, que no tenia más remedio que obedecer, y cayó, que no se sentó, en su silla, con la cara cubierta de sudor.

Gibassier comprendía que había llegado como el mariscal de Villeroy á esa época de la vida en que nos abandona la fortuna y sólo podemos experimentar reveses.

Salvador pasó entonces al otro lado de la mesa, se sentó enfrente de ella y jugando siempre con la pistola, reanudó la conversación en los términos siguientes :

— Fuisteis condenado á presidio por robos y falsificaciones bien probados y estuvisteis á punto de ser condenado á muerte por asesinato ; mas no se probó el atentado y escapasteis de la pena capital ; el asesinato tuvo lugar en una casa infame de la calle de Froid-Manteau y en la persona de un provinciano llamado Claudio Vincent ; fueron vuestros cómplices la enana Bebé y la señorita Fifiñe : puedo probar cuando guste que vos fuisteis el que descargó el primer golpe con un morillo, cuyo golpe derribó y dejó desmayado á aquel infeliz á quien acabaron las dos pilluelas, de las cuales una está ya por otra razón en poder de la justicia y la otra os traía esta mañana los qui-

nientos mil francos que habéis robado á la condesa Rappt, y que yo hice que os volvieran á coger; puedo colocaros mañana á vos y á Fifine en tales manos, que el mismo Mr. Jackal, pese á su influencia y su poder, se guardaría muy bien de sacaros de allí; decid ahora, ¿ creéis que tengo semejante posibilidad y que arriesgáis algo en no seguir literalmente mis órdenes?

— Lo creo, murmuró tristemente Gibassier.

— Esperad, aun no hemos concluido.

— Algunos días después de haberos escapado de presidio robasteis una joven de un colegio de Versailles por orden del Sr. Loredán de Valgeneuse. Vuestros cómplices, después de robaros la parte que os tocaba del dinero de aquella hermosa expedición, os arrajaron á un pozo de donde os sacó Mr. Jackal; desde entonces sois su criatura y su servidor constante; pero ni él ni vos pudisteis impedir que yo sacase á Mina del poder de Mr. de Valgeneuse y la volviese á poner en salvo. Veis por consiguiente, señor gandul, que puedo luchar con vos y venceros. Hoy os declaro que se trata de una cosa mucho más grave que el rapto de una joven; de una cosa por la cual sacrificaría yo no solamente los quinientos mil francos que os hice devolver esta noche, sino el doble, el triple, el cuádruple de esa cantidad. Desgraciados, pues, los que se encuentran entre mí y el objeto que me propongo; les quebraré como cristal. Siendo mi amigo podrá ganarse mucho; siendo mi enemigo se perderá todo. Escuchad, pues, con la mayor atención.

— Os escucho.

— ¿ Cuándo termina el plazo concedido á fray Domingo para ir á Roma?

— Concluye con el día de hoy.

— ¿ Cuándo deben ejecutar á Mr. Sarranti?

— Mañana á las cuatro de la tarde.

Salvador palideció y se estremeció á pesar suyo al oír la certeza con que le hablaba el miserable con quien se las había; pero se repuso como el hombre á quien queda una esperanza suprema, y cambiando bruscamente de conversación:

— ¿ Conocéis, preguntó, al honrado Mr. Gerard de Vanves?

— Es mi amigo y mi colega, respondió Gibassier.

— Ya lo sé. ¿ Os ha invitado ya á que fueseis á ver su casa de campo?

— Nunca.

— ¿ Qué ingrato! ¿ Cómo! ¿ ni siquiera le ha ocurrido en estos hermosos días de verano convidar á un amigo á un almuerzo campestre en sus posesiones de Vanves?

— Ni siquiera le ha ocurrido.

— De modo que si se presentara ocasión de castigarle algo por su ingratitud, no dejaríais escapar la oportunidad.

— Á fe que no; soy yo demasiado susceptible.

— Pues bien: que esa ocasión se presenta hoy mismo.

— ¿ De veras?

— Mr. Gerard acaba de ser nombrado alcalde de Vanves.

— ¿ Qué dichosos son algunos! exclamó Gibassier exhalando un suspiro.

— Bien, dijo Salvador haciendo un alarde de paciencia; la misma podéis alcanzar vos; vos no habéis hecho más que la tentativa de asesinato; Mr. Gerard asesinó realmente; vos habéis estado en presidio; él irá también probablemente si no va más lejos aún. Aparte de eso, si queréis ser víctima de la amistad que le profesáis y ofrecer

á los tiempos modernos unos de aquellos ejemplos de fraternidad que nos han transmitido los antiguos; si queréis, nuevo Niso, morir por Euriale...

— No.

— Me parece más prudente; mas entonces hay que hacer punto por punto lo que os voy á decir.

— ¿Y al hacerlo?...

— No corréis más peligro que el de ayudar á un hombre honrado á verificar una buena acción. Ya sé que eso no basta para un espíritu tan meticoloso como el vuestro; pero al ayudar á ese hombre honrado os reintegraréis de diez mil francos que ya creíais perdidos.

— ¡Ah! sí; los diez mil francos que presté á mi ahijado.

— Precisamente.

— ¡Ah! pues á fe mía tenéis razón, los creía enteramente perdidos.

— Pues no lo están; y la prueba es en que ahí quedan dos mil que podéis ya meter en vuestro bolsillo, y Salvador presentó á Gibassier los dos mil francos que estaban sobre la mesa, y aquí otros tres mil que podéis unir á los primeros.

— ¿Y para esos no necesitáis recibo? preguntó Gibassier.

— Vamos, dijo Salvador; sois hombre de talento.

— Sí, y eso es lo que me pierde, caballero; demasiada imaginación, demasiada imaginación; pero continuad: ¿qué debo hacer? ¿adónde debo ir?

— Es necesario ir á Vanves.

— No está muy lejos.

— Ibais á marchar á Heidelberg por cuatro mil francos: bien podréis ir á Vanves por diez mil.

— Por cinco mil.

— Por diez mil, atendiendo á que al volver recibiréis los otros cinco mil.

— Estoy dispuesto á ir á Vanves; ¿pero qué tengo que hacer en Vanves?

— Voy á deciroslo. Para celebrar su nombramiento de alcalde, Mr. Gerard da hoy una comida de doce cubiertos; probablemente no os habrá convidado por miedo de que seáis trece á la mesa y le suceda alguna desgracia.

— He notado, en efecto, que era muy supersticioso el tal Mr. Gerard, dijo Gibassier.

— Pues bien, me parece que ó ahora ó nunca tenéis la mejor ocasión de ir á unir con él allá abajo y darle una lección de cortesía; ¿qué os parece?

— No me parece nada... porque no os entiendo.

— Voy entonces á ser todo lo más claro que pueda; decía, pues, que vuestro colega Mr. Gerard tenía hoy doce convidados á comer y entre ellos su compañero el juez de paz y tres ó cuatro consejeros municipales; pues bien, por una razón que excuso manifestaros necesito yo que Mr. Gerard esté ausente de su casa precisamente á la mitad de esa comida y durante una ó dos horas, y he contado con vos, mi querido Gibassier, para la realización de este proyecto.

— ¿De qué modo puedo ayudaros, Sr. Salvador?

— De una manera bien sencilla; Mr. Gerard no puede, atendiendo á su posición respecto á la policía, negarse á obedecer una orden de Mr. Jackal.

— Es verdaderamente imposible.

— Pues bien: supongamos que Mr. Jackal manda a Mr. Gerard presentarse inmediatamente, dejando toda ocupación, en el *hôtel de la Tête-Noire* en Saint-Cloud. Es

indudable que Mr. Gerard se presentará al instante en el punto en que Mr. Jackal le haya avisado que le espera.

— Esa es mi opinión.

— Entonces ya comprendéis todo el asunto. Vais á ir á Vanves á casa de Mr. Gerard precisamente á la hora en que tenga su comida ; á las seis y media. Para aprovechar los últimos días buenos se ponen á la mesa á las cinco y en el jardín. Llegaréis, pues, probablemente al terminar el primer servicio ; os acercaréis con amistosa mirada, con labios risueños y le diréis : « Querido colega, Mr. Jackal, nuestro común patrón, os ruega que os presentéis al momento en el *hôtel de la Tête-Noire* en Saint-Cloud para un asunto de la mayor importancia. »

— ¿ Y es eso todo lo que exigis de mí ?

— Ni más ni menos.

— Pues eso me parece bastante fácil ; digo bastante... y me equivoco. No es tan sencillo.

— ¿ Por qué ?

— Porque voy á incurrir en la ira de Mr. Jackal. Veamos ; ¿ no habría un medio más ventajoso de hacer salir de su casa á ese honrado Mr. Gerard ?

— Creed, querido Mr. Gibassier, que si conociera yo un medio más ventajoso, como vos decís, me apresuraría á comunicároslo. Pero no hay ninguno preferible al que os ofrezco, porque debéis tener en cuenta que no sólo se trata de hacer que salga Mr. Gerard, sino también de detenerle dos horas fuera de su casa. Ahora bien ; tres cuartos de hora para ir de Vanves á Saint Cloud, media hora para esperar en vano á Mr. Jackal, otros tres cuartos de hora para volver, son justamente las dos horas que necesitan.

— No hablemos más de ello, Mr. Salvador, se hará como deseáis, aunque á decir verdad me gusta poco provocar la ira del patrón.

— Podéis evitarla.

— ¿ Cómo ?

— Nada más sencillo ; no os separéis de Mr. Gerard : le seguís á Saint-Cloud ; aparentáis enojaros como él del retraso de Mr. Jackal : después cuando haya pasado una hora, echáis á reir y le preguntáis.

— « ¿ Ahora qué tal, Mr. Gerard, qué pensáis de la broma que os he dado ? »

— ¡ Eh ! ¡ eh !

— ¿ Qué broma ? preguntará él. La más natural, diréis vos ; he sabido por la voz pública que dabais una fiesta campestre en vuestra posesión de Vanves ; no me habéis dispensado el obsequio de invitarme : he creído ese olvido imperdonable y me he vengado de vos burlándome á mi modo. Mr. Jackal no tenía ni remotamente la intención de llamaros, y lo más que me había encargado era que os diese expresiones suyas. Después de lo cual le saludaréis y le dejaréis en libertad de volver á unirse con sus compañeros. Resulta de todo que no habéis incurrido en la cólera de nadie más que en la de Mr. Gerard, por quien, á lo que creo, os apuráis muy poco.

Gibassier miró á Salvador con admiración.

— Decididamente, le dijo, sois un grande hombre Mr. Salvador, y si no fuera mucho pedir, os diría que me consideraré muy honrado en daros la mano.

— Si, dijo Salvador ; queréis convenceros de la fuerza que tiene la mano que vais á tocar, ¿ verdad ? Al verla pequeña y blanca, pensáis que es fácil quebrantarla con la vuestra ; un error más de que debéis salir, mi carísimo Gi-

bassier; no os pido más que el tiempo necesario para ponerme un guante.

Salvador desmontó su pistola, la guardó en el bolsillo, cubrió la mano derecha con un guante oscuro como los que suelen calzarse por la mañana los elegantes, y tendió á Gibassier una mano cuya delicadeza nada podía envidiar á una mano femenina.

Gibassier, muy confiado, dejó caer su pesada mano en la que le tendían y trató de encajonarla entre sus garrosos dedos.

Pero apenas se hubieron tocado las dos manos, cuando la cara de Gibassier comenzó por expresar la sorpresa, y pasando poco á poco por todas las tintas de un dolor creciente, acabó por retratar la angustia más desesperada.

— ¡ Oh... por vida de... treinta mil truenos! que me rompéis la mano, exclamó. Basta, basta por piedad.

Y cayó de rodillas ante Salvador, cuyo guante había estallado con el esfuerzo que había hecho, pero cuyo semblante conservaba su risueña expresión.

Salvador soltó la mano que estaba mutilando con la suya en el momento en que la sangre de Gibassier comenzaba á salir por debajo de las uñas.

— Vaya esto, dijo el mandadero para vuestro gobierno, Mr. Gibassier, y para preveniros contra los peligros á que podría exponeros vuestra ignorancia; importábame probaros que si me he servido contra vos de alguna arma, sólo ha sido por no tocaros sino en último extremo; habéis deseado que os *dispensase el honor* de estrecharos la mano; procurad recordar mucho tiempo *la honra que os dispensé*.

— Voto á cribas que si me acordaré; os lo prometo, dijo el presidiario despegando con su mano izquierda los

dedos de su mano derecha incrustados unos en otros. Gracias por la lección, Sr. Salvador, me servirá y no tendréis que arrepentiros; un hombre tan bien avisado como yo lo estoy vale lo menos por dos.

— Abreviemos, dijo Salvador.

— ¿Vuestras últimas órdenes?

— Á las seis y media estaréis en casa de Mr. Gerard y no le soltaréis hasta las ocho. Mañana por la mañana vendréis á recoger los cinco mil francos que faltan á mi casa, calle Macón núm. 4, mediante lo cual, Mr. Petrus, vuestro pretendido ahijado quedará perfectamente libre del anticipo que le hicisteis.

— Basta.

— De aquí á entonces tened bien presente que á la primera mala posada que me juguéis sois hombre muerto, sea por obra mia, sea por obra de la justicia.

— Os prometo no pensar en otra cosa, respondió humildemente el presidiario inclinándose delante de Salvador, que bajó rápidamente la escalera y fué á reunirse con Juan Taureau, á quien había dejado en exploración sobre la explanada del Observatorio.

CAPÍTULO X.

LA COMIDA EN EL PRADO.

En el centro de un prado inmenso que parecía un tapiz extendido al pie de su quinta y al cual se bajaba por una ancha gradería de piedra, había hecho Mr. Gerard que colocasen una mesa á cuyo alrededor se hallaban once indi-